

El mercado como dogma

Por Fabián Corral

Diario El Comercio, lunes 21 de junio del 2004

El mercado es el nuevo dogma, la verdad irrefutable, el misterio indiscutible, la santa trinidad. Y como todo dogma, tiene sus ritos, sus sacerdotes y sus feligreses. Y por cierto está rodeado de mandatos, de coros, de silencios, de complicidades calculadas, de servidumbres vestidas de oropel. Sus templos son los "mall". Su doctrina se llama atrevidamente libertad, pero es, en realidad, un catecismo de saberes elementales, de consignas intocables.

El determinismo, es decir el destino histórico inevitable, está en la base del nuevo dogma. En los tiempos de la inquisición y la contrarreforma, el mundo estuvo destinado irremediamente a ser católico. Quien no se ajustaba a los cánones de la doctrina, era hereje. Bárbaros e infieles estaban fuera de la órbita de la civilización y debían ser sometidos y catequizados. Allí radica el fundamento del derecho de conquista, que legitimó el papa Borgia Alejandro VI, repartiendo el mundo americano, por la voluntad de Dios, entre las serenísimas majestades española y portuguesa. Se cuenta que Atahualpa, cuando el cura Valverde le requirió sometimiento, argumentando la repartición del universo hecha desde el distante solio pontifical, contestó prontamente, "ese rey es un ladrón y su sacerdote un farsante".

El determinismo propio de los dogmas ha vuelto por sus fueros. El mundo está ahora destinado a ser dominado por una visión específica del mercado y por una doctrina muy completa sobre la democracia. Mercado y democracia pretenden legitimar toda conquista y justificar toda incursión, porque son, según se dice, el único camino de la humanidad. ¿Será verdad? ¿Será cierto lo inevitable de "esa" versión del mercado y de "esa" visión de la democracia? Pienso que no. El mundo es muy complicado y diverso para meterle en el molde de un pensamiento único. La gente es demasiado aguda para convencerse de que allí está la felicidad, y para no entender que tras los cantos de sirena de la prosperidad están intereses específicos, afanes de lucro, y sobre todo, la inevitable presencia del poder.

La economía que no considere sus implicaciones con la política y con las realidades sociales; la economía de los indicadores, de las tasas y las abstracciones es la trampa que esconde el dogma del mercado en la versión en boga. Pero la economía libre -la de verdad- necesita, antes, instituciones, valores, creencias, es decir, una cultura a la que no se llega ni por decreto ni por tratado. A la democracia tampoco se llega por vía de constituciones copiadas de las metrópolis, ni por leyes enviadas en los enlatados que venden los cenáculos de la simplificación -o del cálculo- que funcionan en el primer mundo. Democracia y mercado postizos, inducidos o impuestos solo propician corrupción, violencia, golpismo, populismo y fraude. Allí está, para ejemplo, Rusia, atrapada entre los dogmas marxistas y los dogmas e intereses capitalistas, y convertida en el paraíso de las mafias, en un extraño mundo de ficciones que se evaporarán entre el separatismo y la violencia. Allí está Iraq, donde en lugar de la democracia implantada, lo que hay es barbarie, guerra, terrorismo, horror. ¿No hemos pensado que hay culturas y gentes que no quieren ni mercado ni democracia en la versión en boga? Verdad enorme que hay que comenzar admitiendo, si en realidad militamos por el liberalismo en la vertiente de la tolerancia, y no por el dogma en la concepción de la intransigencia.

Lo que menos existe hoy en las grandes decisiones del Ecuador es libertad. Hay canchas marcadas y agendas impuestas. No hay ni la lucidez ni la entereza para señalar los temas de fondo ni para decir que lo que hay aquí es un país y no solamente un punto de ventas. Que esto es una nación y no un bazar.

E-mail: fcorral@elcomercio.org